

Estratificación y movilidad social bajo un modelo neoliberal: El caso de Chile¹

Vicente Espinoza, Emmanuelle Barozet, María Luisa Méndez²

Resumen

Este artículo muestra el cambio en la estructura social en Chile durante las últimas cuatro décadas, y caracteriza, por un lado, la pérdida de eficacia de las políticas públicas destinadas a mejorar las oportunidades de vida dada la menor movilidad social en el seno de los sectores populares y las clases medias y, por otro, el aumento de la distancia entre los polos de la estructura social. Se plantean desafíos para un país rentista por excelencia, que se enfrenta a la reforma de su sistema tributario como solución a la persistencia y aumento de las desigualdades.

Palabras Clave: Estratificación social – desigualdad - clases sociales - movilidad social – Chile

Abstract

This paper describes the changes in the Chilean social structure over the past four decades, and characterizes, on the one hand, the loss of effectiveness of public policies that aimed at improving the life chances for social mobility for the poor and the middle classes and, on the other, the increasing distance between the poles of the social structure. Challenges for a rent-seeker country *par excellence* are exposed, particularly those related to a reform of the tax system as a solution to the persistent and growing inequality.

Key Words: Social Stratification – inequality – social classes – social mobility - Chile

1. Este artículo se enmarca en el Proyecto Desigualdades (Anillo SOC 12): “Procesos emergentes en la estratificación chilena: medición y debates en la comprensión de la estructura social” (2009-2012), financiado por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica de Chile, www.desigualdades.cl y en el Proyecto Fondecyt 11080257 (Construcción de la identidad de clase media en Chile: tensiones entre demandas de autenticidad). En el marco del Proyecto Desigualdades, se realizó la Encuesta Nacional de Estratificación Social (ENES), de donde provienen los datos originales que usamos en este documento. Agradecemos a los y las colegas del proyecto que han participado en los seminarios sobre estratificación y movilidad social en Chile.

2. Directora carrera de Sociología de la Universidad Diego Portales, investigadora asociada del Proyecto Desigualdades; marialuisa.mendez@udp.cl.

Introducción

Este artículo busca presentar las características de las clases sociales chilenas, considerando tendencias históricas, así como evoluciones tanto en su composición como en los regímenes de movilidad social entre generaciones. El argumento central se refiere a que los cambios estructurales que afectaron a las clases sociales chilenas bajo la dictadura dejaron lugar a un modelo de desarrollo cuya característica debe buscarse en las oportunidades que poseen los chilenos y chilenas para cambiar su posición dentro de una estructura social estable, con el apoyo de políticas públicas acordadas. Durante la última década, sin embargo, las políticas públicas destinadas a mejorar las oportunidades de vida parecen haber perdido eficacia, pues la aparente movilidad en el seno de los sectores populares y las clases medias tiende hacia una mayor rigidez, mientras que la distancia entre los polos de la estructura social continúa en aumento.

A partir de la discusión de datos secundarios provenientes de encuestas de estratificación social y movilidad realizadas durante la última década en el país, y el análisis de datos primarios provenientes de la Encuesta Nacional de Estratificación Social, ENES (2009), en el artículo se revisa el impacto en Chile de la transformación neoliberal (1973-1990) y las consecuencias del modelo en términos de desigualdad y

reestructuración social. Adicionalmente, describe los procesos de crecimiento económico y de superación de la pobreza de los años noventa y comienzos de los 2000. Finalmente, se ofrece un análisis crítico de las tendencias actuales de la movilidad social en Chile y los desafíos para un país rentista por excelencia, que se enfrenta a la reforma de su sistema tributario como solución a la persistencia y aumento de las desigualdades.

El impacto en la estructura social de la transformación neoliberal (1973-1990)

Chile, desde mediados de los años 1970, puso en marcha un sistema neoliberal radical, incluso antes de que Gran Bretaña o los Estados Unidos emprendieran las grandes reformas económicas de los años 1980. La economía del país se abrió al comercio internacional, orientando su estructura productiva a la exportación de *commodities* y la modernización de su producción agrícola y piscícola; junto con ello, el sector comercial y financiero se desarrolló rápidamente. Desde sus mismos inicios, la dictadura planteó que la estrategia de desarrollo basada en la sustitución de importaciones había sido un error para Chile, pues los mercados nacionales protegidos nunca brindarían un desarrollo sólido. El bloque en el gobierno militar planteó que la única forma de recuperar el equilibrio era dejando que el mercado funcionara en absoluta libertad.

Consecuentemente, desde 1974, las políticas públicas favorecieron a los empresarios para que se aventuraran en la actividad económica orientada al mercado externo. Los aranceles fueron reducidos rápidamente hasta llegar a cero en menos de un año, de forma que cualquier producto extranjero podía ingresar al mercado nacional (Ffrench-Davis & Raczynski 1987). Además, una fuerte centralización del capital ocurría en lo que se denominaba la libre operación del mercado de capitales. Los grupos financieros tomaron el control de la industria y otras actividades, llegando a controlar la vida económica del país (Dahse 1979). Entretanto, muchos industriales chilenos enfrentaron la quiebra o trataron de sobrevivir convirtiéndose a la actividad comercial. A pesar de todo, incluso con las agudas depresiones económicas en 1975-1976 y 1982-84, las orientaciones del modelo no cambiaron y la autoridad económica consideró estas crisis como parte del “ajuste automático” propio una economía de mercado.

Se instaló entonces un nuevo sistema económico, caracterizado por la privatización masiva de la economía (en particular la salud, la educación, así como las empresas públicas) y por lo tanto la expulsión hacia el sector privado de numerosos trabajadores (Wormald & Ruiz-Tagle, 1999). Paralelamente, la agricultura tradicional entró en la fase final de su caída, el sector obrero igual-

mente enfrentó una crisis por la reducción de la actividad industrial. Lo que se denominó «ajuste estructural» en los hechos desplazó el centro de gravedad de la economía desde el Estado hacia el mercado, cerrando así el proceso de movilidad social estructural que produjo la industrialización impulsada por el sector público desde los años 1930. La privatización se unió a la supresión de los mecanismos de representación política, buscando alcanzar la utopía de una sociedad en la cual la política fuera eliminada para que los problemas de los ciudadanos fueran resueltos individualmente por el mercado (Garretón, 1987 a).

Las consecuencias del modelo en términos de desigualdad y reestructuración social

Por muchos años, el libre mercado trajo mayor pobreza e inequidad a Chile. La aplicación dogmática de este modelo barrió los signos de justicia social alcanzados en el período anterior. Los trabajadores más jóvenes y más viejos fueron excluidos de los beneficios del salario mínimo (Ffrench-Davis & Raczynski 1987, Mac-Clure 1994). Aquellos que lograban conseguir trabajo vieron sus salarios reales cortados a la mitad, niveles de desempleo que no bajaron del 15% en 15 años, sus sindicatos proscritos, las leyes laborales cambiadas para favorecer a los empleadores, y el sistema previsional entregado a empresas privadas (Mac-Clure, 1994).

Las reformas promovidas por la dictadura tuvieron tal cantidad de consecuencias sobre la estructura social del país, que fueron calificadas como una «ruptura» con respecto al sistema anterior (Martínez & Tironi, 1985). El carácter de la ruptura, no obstante, no permitía afirmar que se hubiese fundado un modelo de desarrollo que superara el anterior (Garretón, 2001b), en particular, porque la economía enfrentó dos recesiones profundas (1975-1976 y 1982-1985), que hacían dudar de la capacidad del nuevo modelo para brindar desarrollo al país.

El impacto en los grupos sociales, deja ver en primer lugar un gran aumento de los desempleados y de las poblaciones precarizadas al momento de la crisis financiera y económica de los años 1982-1985, así como una jibarización de la antigua clase media. A partir de los años 1980, la burocracia expulsada de los servicios públicos se recompondría en el sector privado (Martínez & Tironi, 1985; Torche & Wormald, 2004). La aparición de un segmento nuevo de empresas vinculadas con actividades económicas emergentes en el comercio, las finanzas o aun en el sector agrícola exportador; así como servicios sociales de salud, previsión y educación bajo gestión privada constituyeron la base para una nueva clase media. Junto con los asalariados en estos sectores, destacan también empresas medianas, pequeñas, así como trabajadores inde-

pendientes que pasan a formar parte de una extensa red de subcontratación. Por contraste con el status ciudadano de la antigua clase media, sus derechos sociales son ahora reemplazados por el poder de compra. La estructura social se hace más heterogénea, expresando así la diferenciación de estratos en su seno y la diversificación del aparato productivo (Barozet, 2002; Méndez, 2008; Barozet & Espinoza, 2009). Las transformaciones financieras que afectaron a Chile liquidaron también a los pequeños accionistas en favor de las grandes corporaciones. La privatización de las empresas del sector público servirá por tanto a los intereses de las grandes empresas, así como a la concentración de los recursos económicos, contribuyendo así al aumento de las desigualdades.

Los estudios sobre la estructura social chilena durante estos años fueron limitados y eufemísticos, por cuanto el término «clases sociales» debía evitarse en el lenguaje especializado dado que simbolizaba una vinculación con el pensamiento marxista. Al mismo tiempo, las bases de datos se reducían a las encuestas de empleo y los censos, ambos agregados en categorías no siempre útiles para la interpretación sociológica (Martínez & Tironi, 1985). Las transformaciones de la estructura social permanecerán en silencio por casi veinte años.

De la crisis al crecimiento y del crecimiento a la superación de la pobreza (1990-2011)

Los cuatro gobiernos de centro-izquierda que ejercieron el poder entre 1990 y 2010 no alteraron profundamente ni la estructura productiva, ni la estructura económica del Chile de Pinochet, sino que pusieron en régimen una red de protección social para los más desposeídos, con eficacia creciente. De hecho, tomó largos años antes que los resultados positivos del modelo de libre mercado prevalecieran sobre sus costos sociales. A finales de los años ochenta, después de 14 años, el modelo finalmente comenzó a dar señales de alcanzar estabilidad. Paradojalmente, la pobreza y la desigualdad en los ingresos habían crecido al parejo con el producto económico. Las orientaciones de la política pública desde los años 1990 buscaron moderar los costos de la implantación de un modelo de libre mercado, a la vez que generaron la confianza suficiente en los empresarios para emprender inversiones en gran escala. En las dos décadas siguientes, Chile experimentó una notable expansión económica, con un crecimiento medio de alrededor del 5% anual, alcanzando un ingreso *per cápita* para 2009 de US\$ 14.331 (PPA), muy cerca de México (US\$14.337) y Argentina (US\$14.559). Junto con ello, Chile es el cuarto país más desigual en la región más desigual del planeta (Gini = 0.51). No obstante, a lo largo de los últimos veinte años, la

pobreza en Chile se redujo desde niveles cercanos al 40% hasta bajo el 20%, constituyéndose en el caso más exitoso en la región latinoamericana, merced a un encomiable esfuerzo de política social aunada con crecimiento y equilibrio macroeconómico. Sólo la medición de la encuesta de Caracterización Socioeconómica (CASEN) 2009 reveló un incremento en los niveles de pobreza de los hogares que alcanzó 15.1% (comparado con 13.7% en 2006), lo cual se explica en su mayor parte por el incremento en el precio internacional de los alimentos.

La superación de la pobreza constituyó el motivo y horizonte de la política social en las últimas dos décadas, un objetivo que en gran medida se asociaba con la inserción en el mercado de trabajo. En este período, la política social del sector público comenzó a desplazarse crecientemente hacia los grupos sociales con más dificultades para superar la condición de pobreza, estableciendo una focalización de alta precisión para terminar con las formas más extremas de pobreza (Raczynski, 1994). Llamó la atención a los analistas del proceso que la superación de la pobreza no estuviera asociada con una modificación de la desigualdad de ingreso, que se mantenían prácticamente a un mismo nivel, lo cual indicaba incrementos en el ingreso del conjunto de la población (Contreras, 2003, Joignant & Güell 2009), mostrando que

este modelo resultaba compatible con la mejoría de las condiciones de vida de la población. Los gobiernos democráticos, dentro de su orientación a la reducción de la pobreza, convirtieron en principio la preservación de los equilibrios macroeconómicos.

En condiciones de crecimiento económico sostenido, los analistas económicos han planteado que la principal explicación de la reducción sostenida de la pobreza es la inserción de los chilenos y chilenas en el mercado de trabajo. El acceso a una ocupación permite a las personas generar ingresos autónomos de las transferencias desde el sector público (Cecchini & Uthoff, 2008). Sin embargo, la explicación debe matizarse, en primer lugar, pues la pobreza continuó disminuyendo en los años de la crisis asiática a pesar del incremento en el desempleo, lo cual debe considerarse una indicación de la contribución del gasto público en este aspecto. Y también porque el tipo de inserción laboral determina en gran medida las condiciones de bienestar de los trabajadores. De hecho, parte de los ocupados se encuentra bajo la línea de pobreza. Aparte de la pobreza, otras consecuencias de los años de dictadura sobre la estructura social han recibido menos atención de la política pública, si bien llegan a plantear signos de preocupación. La precarización de las condiciones laborales o la desigualdad de los ingresos, que se consideró un “mal

menor” comparado con la mejoría en las condiciones de vida, no han logrado una atención eficaz por las autoridades (Ottone & Vergara, 2007).

El cuestionamiento a la formulación de la política social como una de igualdad de oportunidades provino de las “clases medias”, ubicadas por sobre el 40% de menor ingreso. La desigualdad en la distribución del ingreso en Chile resulta de su concentración en el 2% superior, que comprende 20% del ingreso total. Bajo este nivel, los ingresos muestran un nivel de desigualdad considerablemente menor (Torche & Wormald, 2004). En ello reside parte de la explicación de porqué buena parte de la población chilena se representa a sí misma como clase media (Barozet & Espinoza, 2009). El discurso de la igualdad de oportunidades engancha con relativa facilidad en el reclamo meritocrático de las clases medias – las oportunidades deben estar abiertas para los más capaces – y su rechazo a las políticas asistenciales. La expresión concreta de ello está en el logro de educación universitaria para sus hijos, un peldaño que muchas de estas familias han logrado franquear. Los beneficios de ello fueron puestos en duda, pues el aumento en los últimos años del gasto que implica cualquier educación universitaria obliga a estas familias a costearla con créditos bancarios. Cuando el futuro profesional calcula qué porcentaje de su ingreso futuro deberá destinar a pagar el crédito educacional, llega a la conclusión que ello

limitará grandemente sus condiciones de vida: concretamente, lo hará insolvente para alcanzar el estándar de vida que representa la clase media en su imaginario. Si se combina este elemento con un aumento exponencial de los títulos universitarios y técnicos, sin mayor garantía de calidad, la inversión en estudios, al perder el elemento de seguridad que implicaba para el futuro, pasa a ser un elemento de inseguridad, que terminó, como bien se sabe con un estallido social de grandes proporciones en el 2011.

El impacto de las transformaciones socio-económicas de las últimas décadas sobre la estructura social chilena

Con la vuelta a la democracia en 1990, el campo de reflexión acerca de

la estratificación social y la movilidad se vuelve a abrir, aunque con condicionantes locales que harán difíciles la obtención de datos. Recién a partir de la década del 2000, se logra levantar datos que permiten reactivar este campo de reflexión, desde lo empírico. El Cuadro 1 presenta una visión evolutiva de los grandes grupos sociales chilenos, sobre la base de sus categorías sociales, en base a datos secundarios, antes de que se levantaran datos propios de los estudios de estratificación y movilidad social para el caso de Chile.

Cuadro 1: Evolución de la estratificación social en función de las categorías socio-ocupacionales (1971-2000), en porcentaje

	<i>Categorías</i> ¹	1971	1980	1990	1995	2000
I.	AGRICULTURA Y PESCA	18,3	14,4	18,8	15	13,8
II.	FUERA DE LA AGRICULTURA Y PESCA	81,7	85,6	80,3	84,4	84,7
	1. Empresarios y Directores	1,3	1,4	3,0	2,7	2,4
	2. Clases Medias	26,2	33,5	31,3	36,2	37,2
	a. Asalariados en el sector público	18,4 ²	9,0	6,9	6,8	7,4
	b. Asalariados en el sector privado	-	15,0	18,2	21,3	21,6
	c. Independientes	7,8	9,0	6,3	8,1	8,2
	3. Artesanos tradicionales	6,2	5,2	5,2	5,4	5,5

4. Clase Obrera	34,5	20,3	28,0	28,9	28,6
a. Mineros	1,3	1,3	1,0	0,9	0,0
b. Industria y Obras Públicas	25,8	11,1	12,1	13,1	12,2
c. Comercio y servicios	7,4	7,9	14,9	15,0	15,9
5. Grupos Marginales	9,6	10,4	12,5	11,2	11,0
a. Servicio doméstico	5,4	5,7	6,5	5,5	4,9
b. Comerciantes marginales	2,0	3,0	3,3	3,2	3,4
c. Trabajadores marginales de servicios	2,2	1,7	2,8	2,5	2,7
III. OTROS ³	3,9	14,7	1,0	0,6	1,4
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Wormald & Torche, 2004:15.

El estudio de la estructura social chilena durante los últimos veinte años no permite concluir que hayan existido transformaciones profundas con respecto a los años 1980, aunque es posible poner al día las tendencias emergentes que contribuyen a una mayor diferenciación social y a la consolidación del modelo económico, en lo que constituye hoy un régimen neoliberal maduro (Torche & Wormald, 2004; Espinoza, 2011).

Las cifras obtenidas de datos secundarios rara vez son comparables a escala internacional, por lo cual recientemente, algunos grupos de investigación han buscado hacer compatibles las encuestas nacionales específicas. El nuevo entusiasmo responde también a

un cambio de orientación en la política pública y los medios académicos: en efecto, durante los años 1980 y 1990, la mayor parte de los estudios se realizaron sobre grupos sociales específicos, en particular los que constituían objeto de políticas públicas: los pobres, los hogares con mujeres solas jefas de hogar, los marginales y otras poblaciones precarizadas. No obstante, a partir del momento en el cual resulta evidente que la tasa de pobreza había alcanzado un tope estructural que las intervenciones del Estado ya no lograban resolver, comienza a concebirse que la comprensión del problema de la pobreza o de la precariedad requiere considerarlos como parte de la estructura desigual de la sociedad chilena, que concentra las riquezas en el tope de la

pirámide social. La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de las Naciones Unidas hará eco de esta constatación desde fines de los años 1990 (Portes & Hoffman, 2003), fecha a partir de la cual nuevos enfoques buscarán entregar una visión global de la estratificación y por tanto la comprensión de los diferentes grupos sociales en función de las relaciones que existen entre ellos y con el conjunto de la estructura social (Barozet & Espinoza, 2009).

El primer grupo que recupera la pregunta sobre la estratificación y la movilidad social en Chile aplicó una encuesta nacional en 2001³ (Torche & Wormald, 2004), usando el esquema de clases de Goldthorpe, Erikson y Portocarrero (EGP), que mostró un ajuste adecuado a la realidad chilena, a pesar de no corresponder a un sistema industrial, como el que sirve de referencia a esta clasificación (Torche, 2005)⁴. En

3. Encuesta de Movilidad Social, ISUC, 2001. La muestra de 3400 casos representa los hogares cuyo jefe es un hombre de 24 a 65 años; las mujeres fueron excluidas 1) sobre la base de la opción convencional de Goldthorpe (1983), pues las mujeres no son mayoritariamente el principal proveedor del hogar, muchos menos en América Latina (en Chile, solamente 40% de las mujeres poseen un empleo remunerado) 2) de una consideración práctica: su inclusión habría duplicado el precio de la encuesta. Existe una encuesta anterior de estratificación y movilidad aplicada en Santiago, Buenos Aires y Montevideo en 2000 (Espinoza 2002).

4. A pesar de sus ventajas, esta clasificación im-

plica también algunas limitaciones en cuanto a la comprensión de la estructura social chilena o latinoamericana en general, en particular la situación de las personas que no forman parte de la población económicamente activa y la informalidad del mercado de trabajo, lo cual no es una cuestión menor en América Latina. Florencia Torche (2006) probó la calidad de la clasificación del modelo EGP para América Latina, poniendo especial atención a las situaciones de informalidad; sus resultados permiten concluir que la clasificación EGP original no distorsiona significativamente la estructura de clases en este nuevo contexto. En la clasificación que utiliza este artículo, sólo se consideran como parte de la pequeña burguesía los empleadores o cuentapropistas que se desempeñan en un establecimiento y supervisan hasta nueve personas. Los cuentapropistas establecidos, que supervisan a diez o más personas, fueron tratados como empresarios. Otras ocupaciones desempeñadas por cuenta propia o incluso en pequeñas unidades productivas, tales como aquellas de cargadores, vendedores ambulantes o cuidadores de auto fueron todas clasificadas junto a otras ocupaciones elementales, estimando que la condición de cuenta propia no agrega movilidad adicional.

2009, nuestro grupo de trabajo aplicó a su vez una encuesta nacional, que incluyó esta vez en su muestra las mujeres y el conjunto de las regiones chilenas. La encuesta contiene un conjunto de variables socio-demográficas y económicas convencionales en los estudios de estratificación, tales como ocupación, nivel de educación, e ingresos, así como otras más novedosas; entre ellas: origen étnico, sexo, edad, lugar de residencia, capital social, patrimonio, endeudamiento⁵. En términos generales,

5. La Encuesta Nacional de Estratificación Social 2009 (ENES) generó datos sobre la forma en

a prácticamente diez años de distancia de la investigación anterior, este nuevo estudio permite no solamente profundizar el conocimiento de la evolución en la estratificación social chilena, sino también establecer comparaciones internacionales, basadas en el modelo EGP (Erikson & Goldthorpe 1992).

La clasificación en siete «clases» describe la estructura social chilena actual de la siguiente forma: la clase acomodada (que en este esquema incluye la “clase media alta”), también denominada «clase de servicio», resulta ser una de las más numerosas (sobre 20%) y se encontraría en crecimiento. Ella

Cuadro 2: Comparación de la estructura de clases, 2001, 2009, en porcentaje.

Categoría social	2001	2009
Clase de servicio	20,8	25,8
Clase de rutina no manual	7	10,9
Pequeño empresario	22,2	17,1
Pequeño propietario agrícola	4,2	6,3
Trabajador manual calificado	19,2	14,2
Trabajador manual sin calificación	18,7	19,7
Trabajadores agrícolas	8,1	6,1
Total	100	100

Fuente: Wormald & Torche, 2004, p.18 (cifras 2001) y ENES 2009 (cifras 2009)

NOTA: Las cifras corresponden a jefes de hogar hombres, de 24 a 65 años (N = 1825). La encuesta ENES 2009 fue aplicada a hombres y mujeres de más de 18 años, pero para obtener una comparación válida con los datos de 2001, este análisis incluye solamente el grupo equivalente.

la cual se estructura la sociedad chilena hoy en día. El universo de la encuesta corresponde a la población de 18 años y más, que reside en el territorio nacional. La muestra comprende 3.365 hogares, con un error máximo de 1,6% a nivel nacional y un nivel de confianza de 95%. La muestra total comprende 6.153 personas, con un error máximo de 1,3% a nivel nacional y un nivel de confianza de 95%. Para más detalles: <http://www.desigualdades.cl/encuesta-nacional-de-estratificacion-social/>

comprende empresarios grandes y medianos, directores de empresas, profesionales universitarios y otros sectores acomodados. Los trabajadores no manuales rutinarios representan hoy 10% de la estructura social, y también se encuentran aumentando en los últimos años. Con solo un tercio de la población

ocupada en actividades de servicio, la sociedad chilena se encuentra lejos de una “economía moderna de servicio”. Más aún, el grupo de trabajadores manuales, que representa otro tercio de la estructura socio-ocupacional chilena está compuesto mayoritariamente por trabajadores manuales sin calificación (cerca de 20%). El contraste entre los trabajadores en actividades de servicio y los trabajadores manuales muestra el alto contraste en las ocupaciones no agrícolas. Los pequeños propietarios agrícolas (6,3%), así como los trabajadores sin tierra (6.1%) muestran la situación relativamente estable del empleo agrícola. Finalmente los pequeños empresarios no agrícolas muestran una ligera baja, aunque ella puede atribuirse más a cuestiones de medición que a una baja real.

Para obtener una visión más general de la estructura social, se puede considerar que los grupos sociales más acomodados representan hoy cerca de 25% de la estructura social, pero parte de estos grupos corresponden a la clase media alta, muy difícil de separar de la clase alta con este tipo de datos. El resto de la clase media, incluyendo la clase de rutina no manual, pequeños empresarios y los trabajadores independientes, representa cerca de 28% de la población. Incluyendo la clase media alta, llegaría al 43%. Finalmente, las clases populares, compuestas por trabajadores manuales calificados y

sin calificación, pequeños propietarios y trabajadores agrícolas, comprenden 47% de la población. Esta pirámide social se asemeja a la de otros países de la región, en los cuales los sectores populares representan gran parte de la población, con una clase media exigua y una elite aún más reducida. Cabe señalar en todo caso que el ingreso medio es débil en Chile, por comparación con los países europeos, lo cual tiende a limitar fuertemente la distancia entre sectores populares y clases medias (CEPAL, 2000; Torche & Wormald, 2004). De hecho, debido a los débiles ingresos de los hogares que se sitúan alrededor del ingreso mediano es que pocos pueden considerarse como parte de una clase media estable (Espinoza, 2011). La precariedad de su posición social les hace vulnerables a los efectos del desempleo, la enfermedad o el envejecimiento (OECD, 2011).

Tendencias actuales de la movilidad social: “de la lucha de clases a la lucha por el status social”

Para una comprensión más precisa de las formas de estructuración de la sociedad chilena, resulta necesario enfocar los procesos dinámicos que ocurren en su seno, lo que constituye el objeto de los estudios de movilidad social. En efecto, para conocer las oportunidades que una sociedad ofrece a sus ciudadanos, la clave reside en establecer si un individuo tendrá la possibili-

dad de lograr una mejoría en sus condiciones de vida, sea durante su propia vida o con respecto a la situación de sus padres. En Chile, después de los años 1980, opera un freno a los movimientos ascendentes de tipo estructural que caracterizaron gran parte del siglo XX. Los miembros de las clases medias ya no podían esperar hacer carrera durante su vida de trabajo dentro de una misma institución, dada la horizontalización de los sistemas productivos vigentes, expresada en el frecuente recurso al subcontrato. Del mismo modo, los sectores populares no podían contar más con el movimiento estructural ascendente derivado de los movimientos migratorios, de la inversión pública o del desarrollo económico. Los movimientos asociados con la estructura social actual aparecen más como el resultado de trayectorias individuales o familiares que como transformaciones estructurales de la sociedad. También en Chile, la «lucha de clases» habría dejado lugar a la «lucha por el status social», retomando la expresión de DeGaullejac (1997)⁶.

A partir de los años 2000, una serie de estudios, algunos de ellos comparativos, renovaron un campo de investigación descuidado en la región desde fines de los años 1970 (Cepal, 2000;

Garretón, 2002b; Espinoza, 2002; Guirrieri & Sáinz, 2003; Atria, 2004; Torche & Wormald, 2004; Kessler & Espinoza, 2007, Ruiz & Boccoardo, 2011). Estos trabajos mostraron que, comparando con los años 1960, la movilidad observada es más débil, en particular la movilidad estructural descendente, mientras que la movilidad ocupacional ascendente es de más en más individual. Las mujeres son más susceptibles de conocer un trayecto descendente que los hombres, en particular las mujeres de sectores populares (Espinoza, 2006⁷). De hecho, una de las mayores discriminaciones laborales la constituye la ausencia de una política de mantención del empleo para las mujeres en edad fértil.

Por su lado, las profesiones técnicas y universitarias aumentaron al ritmo de la modernización económica y de la expansión de la educación, sobre la base de cierta permeabilidad de la clase media acomodada, pero los grupos que ocupan el centro de la distribución social son también susceptibles de perder su status, más que en las generaciones anteriores. Se aprecia, no obstante, la disminución de la clase obrera durante las últimas décadas, así como un incremento de las clases medias en servicios y comercio, en particular debido al aumento de las posiciones no

6. DeGaullejac (1997) utiliza un juego de palabras entre "classe" y "place", que resulta irreproducible en castellano, para contrastar clase social y posición socioeconómica.

7. Este estudio comprende Buenos Aires, Santiago y Montevideo por lo que sus conclusiones no son validas para el conjunto del territorio nacional.

manuales (Espinoza, 2006). Esto involucra una ruptura de una generación a la siguiente, ya que padres e hijos ya no comparten la misma cultura laboral, lo cual limita las posibilidades de acción colectiva. Ello tiende a confirmar que los esfuerzos individuales aportan más que los movimientos estructurales en el acceso a posiciones sociales más favorables, según la hipótesis de la «lucha de posiciones», en el marco de una política que privilegia la inserción en el mercado de trabajo antes que medidas de protección social que permitan a los individuos mantener su posición social en una economía de capitalismo «flexible» (Sennett, 2000).

Las preguntas actuales acerca de la movilidad social en Chile

Una de las contradicciones evidentes del modelo económico y la movilidad social en Chile reside en que las fuertes desigualdades de ingreso en Chile no reducen la movilidad socio-ocupacional, sino que al contrario parecen estimularla (Torche, 2005). A nivel internacional no existe evidencia concluyente que ligue la movilidad ocupacional con las desigualdades de ingreso (Hout & DiPrete 2006). Al respecto se han avanzado dos hipótesis competitivas: la movilidad puede ser alta si en los trabajadores predomina la motivación por el alto premio que supone el acceso a los mejores puestos, pero puede ser menor si el control de recursos por los

más poderosos establece ventajas para la reproducción de las posiciones sociales. Hasta el momento del estudio de Torche (2005) no se contaba con datos sistemáticos relativos a movilidad ocupacional en países de alta desigualdad de ingreso.

El análisis de Torche (2005) prueba para el caso chileno el “modelo de fluidez constante” (MFC) de Erikson y Goldthorpe (1992), lo cual permite contrastar las pautas de movilidad vigentes en una sociedad de alta desigualdad de ingreso con las de otras más equitativas. Este modelo hipotetiza que en las sociedades industriales modernas (aunque Chile no forma realmente parte de ellas), existe una pauta común de movilidad socio-ocupacional. Dicho de otra forma, el modelo establece pautas de desigualdad de oportunidades comunes a las sociedades capitalistas modernas. El modelo especifica los efectos de jerarquía, herencia, sector y afinidad. El efecto de jerarquía divide la tabla en tres estratos que reflejan las clases más deseables (Servicios, I+II), las menos deseables (Agrícolas, VIIb y Manuales baja calificación, VIIa) y las clases intermedias. El efecto de jerarquía identifica barreras entre estratos: movimientos de un paso o corta distancia y movilidad de dos pasos o larga distancia. El efecto de herencia identifica la propensión de los individuos a heredar la posición de origen. El efecto de sector se refiere a la

propensión a trasladarse entre posiciones agrícolas y no agrícolas. Finalmente, el modelo considera los efectos de afinidad, vale decir, las chances que dos grupos de status ocupacional muestren discontinuidad o desarrollen vinculaciones sociales de diverso tipo.

Los resultados muestran que la situación de Chile, en lo que respecta a la movilidad socio-ocupacional, puede resumirse en la expresión «desigual pero fluido» (Torche, 2005). Dicha expresión se refiere a una fuerte movilidad de corta distancia en la parte baja de la pirámide social, en lo que se puede asociar a movimientos de salida de la pobreza. Sin embargo, desde el campo de la economía, el panorama es menos claro, pues otros autores muestran que de una generación a otra los ingresos prácticamente no varían (Nuñez & Miranda, 2010; Nuñez & Tartarowski, 2009). ¿Cómo interpretar esta evidente contradicción según la cual Chile ofrece hoy una mejor situación profesional a sus habitantes, mientras los niveles de ingreso permanecen estancados de una generación a la otra?

Los datos de ENES aplicada en 2009 por nuestro equipo permiten mostrar la evolución de la movilidad social en Chile durante la última década, como una forma de validar los resultados obtenidos anteriormente. La primera constatación es la existencia de mayor rigidez en la estructura social. En efec-

to, resulta más difícil hoy que hace diez años encontrarse en una clase ocupacional sustantivamente diferente a la de los padres. De una parte, la movilidad de larga distancia está más limitada, lo cual se expresa en un efecto de jerarquía más marcado. De otra parte, la movilidad de corta distancia parece también más débil, sobre todo para los individuos de sectores obreros y de clases medias que aspiran a ingresar en la clase media acomodada.

La pauta de movilidad chilena en el 2009 se acerca a la europea en términos de la relevancia de la barrera entre sectores de actividad económica y el peso que poseen los factores jerárquicos; la principal diferencia se encuentra en el escaso peso que posee la herencia ocupacional en Chile. De estos rasgos, el Chile del 2001, comparado con Europa, mostraba menor peso de la herencia ocupacional, así como mayor peso del elemento jerárquico, descontando cierta mayor propensión a la movilidad entre posiciones intermedias y las contiguas. La principal diferencia de los datos del 2001, tanto con los datos del 2009 como los europeos, reside en el escaso peso de las barreras sectoriales.

Un aspecto poco explorado en la descripción de los datos se refiere a la pauta vertical de movilidad que aparece implícita, dado el peso que adquiere la dimensión jerárquica. Lo que sigue explora la dimensión jerárquica como

una forma de representar parsimoniosamente una pauta común presente en ambas mediciones. Tanto los datos del 2001 como los de la encuesta ENES para el 2009 pueden presentarse con un modelo que considera solamente los efectos jerárquicos.

Erikson y Goldthorpe (1992) argumentaron explícitamente, sobre bases empíricas y teóricas, contra la conveniencia de enfocar el análisis sobre su componente jerárquico. El ajuste de los datos basado en un enfoque jerárquico, resulta más deficiente que el MFC cuando los efectos que intenta modelar no son de tipo lineal. Además, si el ranking de categorías ocupacionales no coincide entre países, las comparaciones basadas en un principio jerárquico perderían relevancia sustantiva (Hout & DiPrete 2006). De todas formas, Erikson y Goldthorpe (1992) dejaron abierta la posibilidad de modelar jerárquicamente cuando la preocupación sustantiva de un estudio así lo requiriera. Desde un punto de vista conceptual, los efectos de sector y herencia no debieran ser considerados como parte de una jerarquía. En particular, ubicar los propietarios al mismo nivel de los trabajadores en el sector agrícola contravendría su jerarquización en términos de status. Un segundo aspecto en esta misma línea, se refiere al carácter heterogéneo o multidimensional que poseerían las jerarquías presentes en los datos CASMIN, como lo revelan las

zonas de movilidad de corto alcance para obreros y empleados.

El problema anterior posee un aspecto empírico de forma que su pertinencia se puede verificar contrastando la homogeneidad de orden en las categorías ocupacionales. Los datos chilenos permiten completar esta aproximación en 2001 y 2009, para luego efectuar la comparación con las estimaciones de ingreso. Estos análisis se realizan solamente para Chile, por lo cual no hay pretensión de generalizar a otros países la relevancia que se le asigna a la dimensión jerárquica en este trabajo. Las reservas respecto a la estratificación del sector agrícola deben revisarse de acuerdo con su contexto histórico, lo que se hace posteriormente.

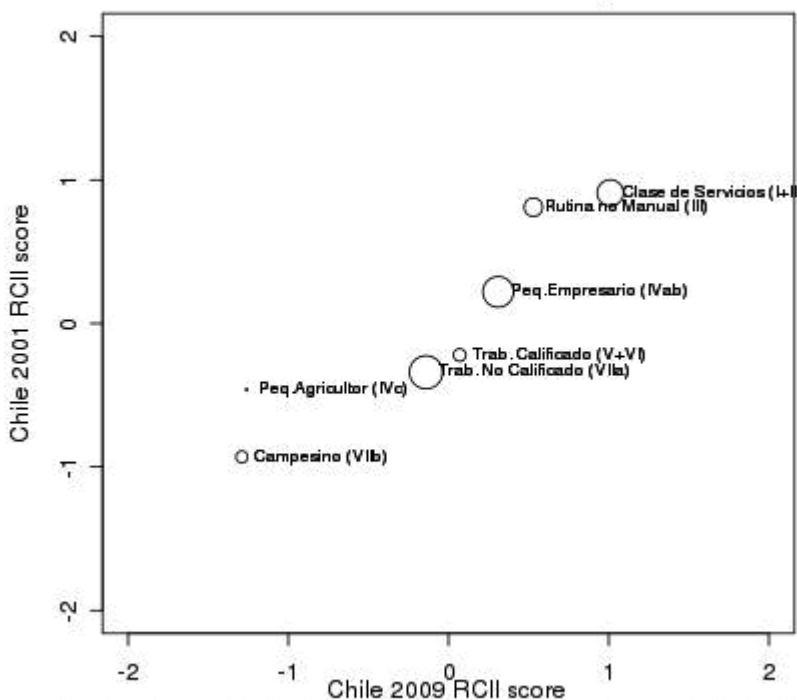
El modelo utilizado para ajustar jerárquicamente los datos corresponde a uno log-multiplicativo del tipo RCII. Los modelos log-multiplicativos suponen la existencia de un orden en las categorías de las variables que componen la tabla bajo análisis. Tal orden puede presentarse como un Efecto de Fila o un Efecto de Columna o bien de Fila y Columna simultáneamente. El orden de las categorías puede ser hipotetizado por el investigador, de forma que el modelo se ajusta como uno lineal doble $[L \times L]$. El orden de las categorías también se puede obtener como una variable subyacente a partir de las pautas de interacción de forma que maximiza

la asociación entre origen y destino. Habitualmente se distinguen modelos RC homogéneos y RC heterogéneos, que corresponden a homogeneidad o heterogeneidad de marginales, respectivamente, en las escalas que ordenan

las categorías. En este artículo, los datos pueden ajustarse con un modelo homogéneo, que utiliza las mismas distancias para origen y destino. Los datos de ajuste para el modelo son los siguientes:

Modelo	L2	gl	BIC
RCII Homogéneo 2001	46,43	23	-137,73
RCII Homogéneo 2009	68.78	23	-111,46

Gráfico 1.
Dimensión vertical de la movilidad ocupacional en Chile



Fuentes: Encuesta Enes 2009. Elaboración propia datos de Torche (2005)

El Gráfico 1 permite comparar los resultados del año 2001 (eje vertical) con los del año 2009 (eje horizontal): mapea en un espacio común los puntajes del modelo RCII asociados con las tablas de movilidad respectivas, bajo el/un supuesto de homogeneidad de marginales en 2001 y 2009. Las comparaciones de posición entre ambas muestras pueden visualizarse como una proyección de los puntos sobre el eje correspondiente. El tamaño de los puntos refleja el peso de la categoría en 2009, como porcentaje de la fuerza de trabajo. Las coordenadas de los puntos en el gráfico corresponden a los valores de la variable de jerarquización subyacente, obtenida del modelo RCII.

Los puntajes en ambas mediciones permiten apreciar la alta asociación entre ambas distribuciones, expresada en el idéntico orden de las categorías, variando solamente las distancias entre clases. Tanto a comienzos como a final de la década, la clase de servicios (I+II) ocupa con claridad uno de los extremos de la distribución, mientras que el trabajador agrícola (VIIb) se ubica indudablemente en el otro extremo. El agricultor propietario (IVc) aparece más cerca del campesino en los datos del 2009, mientras que el 2001 se ubicaba más cerca de los trabajadores. En ambas muestras, su posición le aleja de los pequeños empresarios urbanos y lo acerca a los trabajadores de menor status. En las posiciones intermedias, el

orden es exactamente igual en ambas muestras.

En cuanto a la separación entre niveles de jerarquía, pueden apreciarse discrepancias entre ambas mediciones. En 2001, la clase de servicios (I+II) aparece más cercana a los trabajadores en tareas rutinarias de gestión (III), mientras que al final de la década estas posiciones aparecen más distanciadas. Ello refleja la presencia y ausencia de movilidad ascendente de corto rango al comienzo y al final de la década, respectivamente. En el otro extremo, la posición del pequeño agricultor y el asalariado agrícola son prácticamente indistinguibles al final de la década, lo cual marca un contraste con el comienzo, cuando los pequeños agricultores aparecían más cerca de los trabajadores manuales (V+VI y VIIa). En suma, comparada con el año 2001, en la muestra de 2009 se observan distancias mayores de las categorías extremas con sus posiciones contiguas.

El principal cambio que se observa hacia el final de la década consiste en la cercanía de las posiciones de campesino y pequeños agricultores. El corte sectorial aparece muy claro, cercano a los niveles europeos y más claramente marcado que en los datos del 2001. La disponibilidad de tierra, maquinarias o animales no garantiza a la familia del pequeño agricultor oportunidades demasiado diferentes a las que experimentan los trabajadores del campo, con los cuales comparten un destino

de inestabilidad laboral y difíciles condiciones de vida. De forma similar, en el otro extremo, la ubicación del límite inferior de la clase media entra también en debate, pues de acuerdo con los datos del 2001, los trabajadores en tareas rutinarias de gestión podían considerarse en conjunto con la clase media alta, lo cual no ocurre en el 2009.

El corte sectorial entre la agricultura y el resto de la producción nacional requiere ser colocado en el contexto histórico de la modernización capitalista que experimentó la agricultura desde mediados de los años 1970 (Kay & Silva, 1992). En efecto, la expropiación de tierras realizada bajo la reforma agraria entre 1965 y 1973 dio como resultado un volumen significativo de tierras bajo control estatal. La política de la dictadura consistió en entregar parte de la tierra a campesinos en parcelas de propiedad individual; se remató otra parte de las tierras, las que fueron adquiridas por empresarios que aplicaron formas de producción capitalista, particularmente el régimen de trabajo asalariado e innovación tecnológica para el cultivo intensivo de productos destinados a la exportación. Aunque parte de las tierras también volvió a manos de los latifundistas que las poseían antes de la reforma agraria, el orden agrario resultante no guardaba relación con el tradicional. El sector de pequeños agricultores que sobrevive a este proceso lo hace normalmente

en suelos de baja calidad, sin alcanzar competitividad en algún tipo de producción. El orden agrario se consolidó en los años 1990 dada la competitividad alcanzada por las empresas agrícolas exportadoras, de forma que sus unidades productivas y la fuerza de trabajo ocupada en ellas muestran estabilidad hasta el presente. Si bien Torche (2005) afirma que tal mercantilización del mundo agrario contribuye a reducir las barreras sectoriales, no presenta el proceso o mecanismo a través de lo cual ello se produciría. En realidad, los bordes del sector agrario se demarcan con nitidez frente a las actividades económicas que caracterizan a la producción industrial, minera o de servicios. No debe confundirse esto con la fluidez con la cual la población agraria se mueve entre asentamientos urbanos y explotaciones agrícolas. En efecto, el fin de la pequeña agricultura liberó suelos de alta rentabilidad para la agricultura de exportación, pero no expulsó a la fuerza de trabajo que dependía de ellos mucho más lejos que ciudades pequeñas e intermedias próximas a las nuevas explotaciones. De esta forma, una fuerza de trabajo agraria localizada en asentamientos urbanos de tamaño reducido es una marca distintiva del nuevo orden rural, por lo cual un mayor grado de urbanización no va necesariamente en desmedro de la producción agrícola.

En un extremo de la estructura social, la clase de servicio, en 2009, se encuen-

tra separada de la clase siguiente – empleados no manuales – por una mayor distancia que en 2001. Al otro extremo de la estructura social, se puede ver el aislamiento de los campesinos en el 2001, aunque los pequeños propietarios agrícolas se acercan a esta posición en el 2009, cuando antes compartían más la condición de los trabajadores (calificados o no). En cuanto a los otros grupos sociales, no se aprecian importantes transformaciones durante la última década (Espinoza, 2011). En resumen, en 2009 las posiciones extremas de la estructura social están más aisladas y más distantes de otros grupos que una década atrás, lo cual destaca la dificultad actual para pasar desde posiciones inferiores a posiciones medias de una parte y de posiciones medias a posiciones superiores, de la otra. Esto indica mayor clausura de los extremos y desmiente la tesis según la cual la posición de “clase media” sería una etapa de un camino de ascenso social para los grupos los más desfavorecidos. La pauta de movilidad tiende a confirmar los hallazgos de estudios anteriores que mostraban que las sociedades latino-americanas, incluida la chilena, tienden a generar un polo de riqueza y otro de exclusión o marginalidad (Filgueira, 2000; Gurrieri & Sáinz, 2003).

Conclusión

Para el conjunto de los grupos sociales, la situación en términos de movilidad

se puede resumir así: durante la última década, la estructura social chilena parece haber perdido una parte de su fluidez, con el estrechamiento de la movilidad en canales de corta distancia – que permitían superar la pobreza y el acceso a la clase media acomodada – mientras que la jerarquía general no ha cambiado. Lo anterior muestra el desafío que enfrentan las políticas públicas que privilegian la inserción en el mercado de trabajo como vía de movilidad social para los más pobres. De forma similar, marca también los límites del acceso a la educación como recurso para el acceso a la clase media alta. Chile posee una estructura de clase relativamente móvil y permeable en su parte media, pero que presenta una tendencia a la polarización, pues las distancias sociales continúan aumentando a pesar del crecimiento económico. La eventual «mesocratización» de larga duración que caracteriza la estructura social chilena se muestra relativamente frágil, ante la ausencia de una red de protección social y de políticas de redistribución. En efecto, las políticas sociales destinadas a los más desfavorecidos son financiadas por los excedentes de las ventas de cobre al extranjero. País rentista por excelencia, Chile no ve en la reforma de su sistema tributario una solución al aumento de las desigualdades.

Uno de los principales atractivos que ofrecía Chile para los estudiosos de la estratificación social estaba vinculado

con el hecho de que a pesar de existir fuertes desigualdades socio-económicas, clases sociales claramente diferenciadas, así como importantes distancias entre ellas, el conjunto social parecía estable. Sin embargo, la prolongada

movilización de los estudiantes secundarios y universitarios, que concita un apoyo cercano al 80% según las encuestas parece indicar la apertura de un ciclo de presión social redistributiva sobre la política pública.

Bibliografía

Atria, Raúl (2004). *Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales*. Santiago, CEPAL.

Barozet Emmanuelle, (2002). “L'échange de faveurs au sein des couches moyennes chiliennes: de l'entraide informelle à la régulation social”. *EHESS*, no publicado.

Barozet Emmanuelle y Espinoza Vicente (2009). “¿De qué hablamos cuando decimos “clase media”? Perspectivas sobre el caso chileno”. *Universidad Alberto Hurtado-UDP-Expansiva*, No. 142, agosto, pp.1-35.

Cecchini Simone y Uthoff Andras (2008). “Pobreza y empleo en América Latina: 1990-2005”. *Revista de la CEPAL*, No.94, abril 2008, pp.43-58.

CEPAL (2000). *Panorama social de América Latina 1999-2000*. Santiago, CEPAL.

Contreras Dante, (2003). “Poverty and Inequality in a Rapid Growth Economy: Chile 1990-96”. *Journal of Development Studies*, Vol. 39, No. 3, February, pp. 181-200.

Dahse, Fernando (1979). *El Mapa de la Extrema Riqueza. Los grupos económicos y el proceso de concentración de capitales*. Santiago, Aconcagua, Colección Lautaro.

De Gaulejac Vincent (1997). *La lutte des places*. Paris, Desclée de Brouwer.

Erikson, Robert y Goldthorpe, John H. (1992). *The constant flux: a study of class mobility in industrial societies*. Oxford, Clarendon Press.

Espinoza, Vicente (2002). “La movilidad ocupacional en el Cono Sur, Acerca de las raíces estructurales de la desigualdad social”. *Proposiciones*, Vol. 34, No. 31, Fecha, pp.25-43.

Espinoza, Vicente (2006). “La movilidad ocupacional en el Cono Sur. Oportunidades y desigualdad social”. *Revista de Sociología (Universidad de Chile)*, No.20, pp 131-146.

Espinoza, Vicente y Kessler, Gabriel (2007). “Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires, Continuidades, rupturas y paradojas”. En Franco, Rolando y Atria, Raúl, *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago, LOM, CEPAL, GTZ. pp. 259-300.

Espinoza, Vicente (2011) “El efecto de la movilidad ocupacional en la superación de la desigualdad. Chile 2001-2009”. *Ponencia realizada en la Fundación Dialoga, en Seminario La Sociedad Chilena Hoy*. Santiago, 12 de enero.

Filgueira, Carlos (2000). *La actualidad de viejas temáticas: Sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago, CEPAL.

Ffrench-Davis, Ricardo y Raczynski, Dagmar (1987). “The Impact of Global Recession on Living Standards: Chile”. Santiago, Notas técnicas 97, CIEPLAN.

Garretón, Manuel Antonio (1987a). *Reconstruir la política, Transición y consolidación democrática en Chile*. Santiago, Andante.

Garretón, Manuel Antonio (2002b). “La transformación de la acción colectiva en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, No.76, 7 de abril, pp.7-24.

Goldthorpe John (1983). “Women and class analysis. In defence of the conventional view”. *Sociology*, Vol. 17, No.4, Sage, Thousand Oaks,

Gurrieri, Adolfo Sáinz, Pedro (2003). “Empleo y movilidad estructural. Trayectoria de un tema prebischiano”. *Revista de la CEPAL* No. 80, agosto, pp. 141-164.

Hout, Michael y DiPrete, Thomas, A. (2006). “What we have learnt: RC28’s Contribution to Knowledge about Social Stratification”. *Research in Social Stratification and Mobility*, vol.24, No.1, fecha, pp.1-20.

Joignant, Alfredo y Güell, Pedro (2009). *El arte de clasificar a los chilenos. Enfoques sobre los modelos de estratificación en Chile*. Santiago, Ediciones UDP.

Kay, Cristóbal, y Silva, Patricio (ed.) (1992). *Development and Social Change in the Chilean Countryside: From the Pre-land Reform Period to the Democratic Transition*. Amsterdam, CEDLA.

Mac-Clure, Óscar (1994). *¿Exclusión en Chile? De la desintegración a la integración*. Santiago, Oficina Internacional del Trabajo (OIT).

Martínez Javier y Tironi, Eugenio (1985). *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980*. Santiago, Ediciones SUR.

Méndez, María Luisa (2008). "Middle Class Identities in a Neoliberal Age: tensions between contested authenticities". *The Sociological Review*, Vol. 56, No.2, pp. 220-237.

Nuñez Javier, Tartakowski Andrea (2009). "The relationship between Income Inequality and Inequality of Opportunity in a high-inequality country: the case of Chile". *Applied Economics Letters*, Vol. 18, No.4, pp. 359-669.

Nuñez Javier, Miranda Leslie (2010). "Intergenerational Income Mobility in a Less-Developed, High-Inequality Context: The Case of Chile". *The B.E. Journal of Economic Analysis & Policy*, Vol. 10, No.1, April 9, pp.

OECD (2011). *Perspectivas Económicas de América Latina 2011: En qué Medida es Clase Media América Latina*. Paris, OECD.

Ottone, Ernesto, Vergara, Carlos (2007). "La Desigualdad Social en América Latina y el Caso Chileno". *Estudios Públicos*, No.18, pp.59-92.

Portes, Alejandro, Hoffman, Kelly (2003). *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal*. Santiago, CEPAL.

Raczynski, Dagmar (1994). "Políticas sociales y programas de combate a la pobreza en Chile: Balance y Desafíos". *Estrategias de Desarrollo y Economía, Políticas Públicas Colección Estudios CIEPLAN*, No.39, Junio, pp. 9-73

Ruiz, Carlos y Boccardo, Giorgio 2011. "Panorama actual de la estructura social chilena (en la perspectiva de las transformaciones de la historia inmediata)". Documento de Trabajo, *Centro de Investigación de la Estructura Social (CIES)*, Abril del 2011, Santiago.

Sennett Richard (2000). *Le travail sans qualité : les conséquences humaines de la flexibilité*. Paris, Albin Michel.

Torche, Florencia y Wormald Guillermo (2004). *Estratificación y movilidad social en Chile: entre la adscripción y el logro*. Santiago, CEPAL.

1.

2. Torche, Florencia (2005). "Unequal but Fluid Social Mobility in Chile in Comparative Perspective". *American Sociological Review*, Vol. 70, No. 3, Junio, pp. 422-450.

Torche, Florencia (2006). "Una clasificación de clases para la sociedad chilena". *Revista de Sociología*, N°20, pp. 15-43.

Wormald, Guillermo y Ruiz-Tagle, Jaime (1999). *Exclusión social en el mercado del trabajo: el caso de Chile*. Santiago, OIT, Fundación Ford, Documento de trabajo No.106.